

La llamada Revolución Mexicana es uno de los temas sobre el que se han escrito el mayor número de obras. Tal vez sea Francisco Villa el personaje más conocido de México a lo largo de toda su historia, y así mismo sea quién acapare el mayor número de trabajos que hablan de él durante el período, sin embargo, como formó parte de la fracción perdedora, vencida por el carrancismo, el cual contó con el apoyo del gobierno norteamericano, su actuación ha sido relegada y tergiversada hasta por quienes se suponen ser sus seguidores.

Dueño de un arrojo singular, realizador de hazañas reconocidas hasta por sus más encarnecidos enemigos, poseedor de un carisma y un ingenio militar poco común, es la vida del llamado “Centauro del Norte” un episodio de la vida nacional digno de analizarse.

Para la Historia oficial no existen los claroscuros, no hay tonos medios, o se es bueno o se es malo, aparte ésta ya dictó su fallo: Villa era un ladrón y su pasado le condena, al grado de que no merece ni siquiera aparecer, mas que muy forzosamente, en los anales históricos, dicho esto a pesar de reconocerse su participación en uno que otro episodio sobresaliente en su lucha al lado de Madero o en contra del huertismo.

La Historia oficial tiene en el primer escalón del pedestal a Venustiano Carranza, y probablemente en el cuarto o quinto escalón a Villa y a Zapata, cuando que el análisis histórico ubica a Carranza en el sexto o séptimo, y a Villa y a Zapata en el segundo. No consideramos que deban estar en el primero, porque a pesar de sus enormes méritos, a final de cuentas los resultados que obtuvieron nos demuestran que ambos no supieron estar a la altura del heroísmo de la gente que combatió a su lado, ni del pueblo que llegó a entregárseles.

Sobre su vida anterior a la Revolución, se han tejido una serie de leyendas que en lo general coinciden en que tuvo que huir de su casa para refugiarse en la sierra de Durango y Chihuahua durante gran parte de su juventud, y ya casi a los treinta años en que conoció a Abraham González, quien fue el que lo convenció de unirse a la causa maderista en el año de 1910.

Su participación dentro de esta etapa de la Revolución fue limitada, constriéndose a participar en algunas cuantas batallas en la que aparte de poner en juego sus conocimientos sobre el territorio chihuahuense, sus dotes lo llevan casi inmediatamente a ser nombrado jefe, y a participar junto con Pascual Orozco, otro bisoño como él en cuestiones políticas y militares hasta ese momento, en la única batalla que merece ese nombre, cuando ambos dirigen el asalto a la plaza de Ciudad Juárez en mayo de 1911, desobedeciendo a Madero, pero que ocasionó, inexplicablemente para muchos, la caída del dictador Porfirio Díaz.

Pancho Villa es llamado del retiro que el mismo Madero le había impuesto, ahora para combatir a Orozco, bajo las órdenes de Victoriano Huerta, quien, al frente del ejército federal maderista aprovecha la primera oportunidad para deshacerse de él, acusándolo de haber tomado un préstamo forzoso y condenándolo a morir fusilado, Lo que lo salva es una orden del Presidente para ser conducido a la ciudad de México en donde es recluso en la cárcel, víctima de un juicio tortuoso. Villa huye de la prisión y se embarca de Mazatlán hacia los Estados Unidos, en donde lo sorprende la noticia del golpe de estado huertista, internándose en México con apenas treinta hombres para combatir a la llamada “usurpación”.

Para ese entonces, Abraham González como gobernador de Chihuahua, había sido sacrificado por los esbirros huertistas; José María Maytorena, gobernador de Sonora, no reconoce al gobierno huertista, pero es licenciado por seis meses por el Congreso local, y

Venustiano Carranza, antiguo seguidor de Bernardo Reyes, ex Presidente Municipal de Cuatro Ciénegas, Coahuila, porfirista, ex Diputado local porfirista, Senador por su Estado, porfirista, Gobernador de Coahuila porfirista y nuevamente Gobernador de Coahuila, pero ahora maderista, y al fracasar en sus planes, entra en pláticas con Huerta, para, casi un mes después del asesinato de Madero, lanzar su Plan personalista dado en la Hacienda de Guadalupe en Coahuila, autonombrándose Encargado del Poder Ejecutivo en sustitución del “Chacal”.

Villa, que no conoce a Carranza, pero que desconoce la situación política y militar del momento, acepta torpemente someterse al Plan carrancista, a cambio de armas y municiones que le proporciona el ex porfirista, a quien ningún trabajo le costó obtenerlas del otro lado de la frontera, pues el gobierno norteamericano, en una clara actitud intervencionista, decide no reconocer a Huerta apoyándose en quienes se le resisten para derrocarlo.

En esta etapa, Villa da muestras de su enorme talento militar en batallas memorables en que logra combinar estupendamente la guerra de movimientos con la de posiciones. Se enfrenta a un ejército formal, dirigido por oficiales de carrera, no como guerrillero, sino al frente de un ejército popular que logra profesionalizar.

Cuando toda la República está en paz, con una que otra escaramuza antihuertista, Villa logra tomar la fortificación de Torreón, lanzando una ofensiva que asombra a los federales, pero no se queda a defender la plaza, sino emprende un asalto sorpresivo para tomar la ciudad de Chihuahua, la cual al dificultársele, simula seguir amagándola, para, en un golpe de ingenio, trasladar al grueso de su ejército a Ciudad Juárez la cual logra tomar sin disparar un solo tiro.

Los federales, reforzados por las guarniciones cercanas a Chihuahua, se lanzan sobre Ciudad Juárez y Villa los sale a esperar en una región pantanosa en Tierra Blanca, Chih., en donde con movimientos de atracción, logra que el ejército huertista abandone sus posiciones solamente para ser aplastado por las oleadas villistas. Estas acciones son las que le merecen el mote de “Centaurio del Norte” por parte de la prensa norteamericana.

Derrotados los federales, huyen hacia Ojinaga, en donde Pánfilo Natera, enviado por Villa a perseguirlos, no puede evitar que muchos oficiales huyan hacia los Estados Unidos, momento en que, en otra acción injerencista, son acogidos por el gobierno de ese país más de 200 oficiales. Al notar Villa la imposibilidad de Natera para someter a los contrarios, se pone al frente de las operaciones para terminar derrotando al último bastión del ejército huertista en Chihuahua.

Dueño del estado, Villa se decide entonces a organizar a su ejército y a llevar a cabo una serie de planes acerca de lo que él considera es la reivindicación del pobre, la cual supone como la causa de la Revolución.

Esos planes, muchas veces confusos, oscuros y hasta contradictorios, llevaban en su seno la posibilidad de transformar de raíz la situación del país, pero que se restringían a actuar en contra de los efectos que provocaban la pobreza de la población, siendo que sus verdaderas causas se encontraban en la situación de marginación y explotación a que las grandes potencias nos habían sometido desde la época de la conquista española.

Es decir, que bajar el precio de la carne, aumentar los salarios de los trabajadores, pagar sus haberes al ejército popular, no solamente no resolvía el problema de fondo, sólo lo disimulaba. La revolución que el país necesitaba no era política, por colocar a personalidades, ni mucho menos agraria, como después se nos ha hecho querer creer, sino industrial, para

dominar la lógica que había logrado dividir al mundo en un puñado de países ricos al lado de una inmensa mayoría de naciones que viven aún en el mas miserable de los atrasos.

El porfiriato había logrado atraer a los capitales extranjeros solamente para que expoliaran a nuestro país, no para que lo desarrollaran, pues la estadística nos dice que las principales ramas económicas estaban completamente controladas por el capital extranjero: la minería, los ferrocarriles, el petróleo, el comercio, la banca, la industria y la agricultura, de donde el capital trasnacional obtenía enormes beneficios apoyados en un régimen antinacional que los llenaba de concesiones, permisos, mano de obra casi regalada, y que no dudaba en emplear a la fuerza pública para someter a quien se opusiera a la paz profiriana, que ocultaba bajo el lema “orden y progreso” las más cruenta de las opresiones. Es ahí en donde hay que buscar las causas de nuestras penurias, en la falta de una industria propia que permita crear la riqueza que posteriormente será repartida, de lo contrario, lo único que se estará repartiendo es la pobreza.

Es de hacer notar que para 1910 la inversión extranjera provenía principalmente de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, y en menor proporción de Alemania y España, siendo la predominante la francesa, con intereses en la banca y el comercio principalmente. Para 1930, 13 años después de haberse promulgado la Constitución carrancista de 1917, la inversión norteamericana ya ocupaba un primerísimo lugar, mismo que no ha abandonado hasta la fecha.

Y lo mismo se aplica a lo que posteriormente fue considerada como la bandera de la Revolución: la confiscación y el posterior reparto agrario, pues si tomamos en cuenta que las grandes potencias para complementar sus economías se decidieron por conquistar países enteros para cubrir sus necesidades de materias primas y de alimentos, tanto como para poseer

mercados cautivos para sus manufacturas, la situación del campo mexicano de tipo latifundista, les resultaba ideal para sus proyectos, de tal forma que podían disponer de enormes extensiones de cultivos que favorecieran el abaratamiento de los productos agrícolas a costa de las misérrimas condiciones en que vivían los peones de las haciendas, pues ningún capitalista está dispuesto a absorber las pérdidas que el abaratamiento de sus productos le ocasione, y siempre descargará en sus asalariados los avatares del mercado.

Por esa razón decimos que era aquella la condición visible, pero nunca la solución de fondo. El reparto solamente trae consigo mayor depauperación. El mantenimiento de la estructura de la Hacienda y su manejo comunitario, con todo lo que ello implica, por parte de los mismos campesinos, traería consigo el revolucionar las formas productivas que permitieran aumentar el rendimiento de la tierra, pero como complemento del desarrollo industrial.

Este planteamiento, aparentemente tan sencillo de comprender, faltó en cada uno de los programas y pronunciamientos de la época, incluyendo el Plan de Ayala zapatista, y no se diga en el de San Luis, del cual no se podía esperar menos, pues es sabido que Madero pertenecía a una familia adinerada, dueña de casi todo el Estado de Coahuila y que fue porfirista hasta que vio mermados sus intereses. En relación al Plan de Guadalupe, hemos dicho que era un Plan enteramente personalista, que lo único que contiene es la exaltación de Carranza.

Con esta enorme limitación programática, Villa sigue empeñado en continuar con su “lucha del pobre”, enfrentando y venciendo al enemigo visible en la persona de Victoriano Huerta en los lugares en que se le enfrentó.

Así fue como haciendo alarde prodigioso de capacidad militar, vence nuevamente a los federales en Torreón después de una batalla en que el heroísmo de la masa, sujeta ancestralmente a un régimen de explotación salvaje, queda firmemente patentizado y en donde el derramamiento de sangre resulta atroz: Gómez Palacios, Lerdo y después la ciudad defendida en forma natural por auténticos torreones, son tomadas por la División del Norte, en una de las épicas batallas del período, mientras en Sonora y Tamaulipas, Obregón, Carranza y Pablo González, dan prueba de una inmovilidad e incapacidad militar, rayana en lo patético, en que a los banquetes le seguían las fiestas y luego las celebraciones.

Al notar el gobierno estadounidense en la persona de Woodrow Wilson, la demora en el derrocamiento de Huerta (acusado de recibir ayuda militar alemana) se decide a intervenir directamente en la cuestión mexicana, aprovechando un fútil incidente en las costas de Tamaulipas a raíz de la aprehensión de unos ebrios marinos norteamericanos, para después invadir Veracruz y presionar la caída del dictador, incautándole las remisiones de armas que provenían de Europa, incidente que es aprovechado por Carranza para mostrar su sumisión al Imperio, al no declararle la guerra por la intromisión abusiva en nuestros asuntos y contentarse con un reclamo tibio y despojado de cualquier signo de patriotismo.

Zacatecas representaba el último obstáculo para la División del Norte en su camino a la ciudad de México, y fue éste el momento que permitió a Villa el rompimiento con Carranza, de quien siempre desconfió, pero que no atinaba a determinar cual era la causa de las enormes diferencias que los separaban. Villa se quejaba del autoritarismo de Carranza, de su afición por las fiestas, de su arbitrariedad, de su incapacidad militar, sin notar, nuevamente, que en el fondo la causa que defendía Carranza no era otra más que la del enaltecimiento de su real persona puesta al servicio del gobierno de Norteamérica.

Para Carranza era claro que el apoyo estadounidense era esencial para vencer a Huerta y entonces entronizarse él en la presidencia, por eso no tuvo empacho en dictar disposiciones militares disparatadas, tales como ordenar a Villa a reforzar al ejército llamado artificialmente del Noreste, al mando de Pablo González, desviando a Villa de su ruta natural de avance, que era Zacatecas, para combatir y vencer nuevamente a los federales en la batalla de Paredón, y recuperar la capital del estado del que era gobernador Carranza.

Para ese entonces, en otra medida igual de extravagante que la anterior, Carranza ordena a Pánfilo Natera, perteneciente a la División del Norte, el ataque sobre Zacatecas. Al fallar dos veces en su intento, Carranza dispone no que sea Villa quien se dirija a Zacatecas, sino que le envíe refuerzos a Natera, lo que lleva al duranguense al rompimiento con el nuevo dictador en que se había convertido Carranza. Todavía éste, busca intrigar entre el Estado Mayor de la División del Norte, llamando a los generales villistas a conferenciar vía telegráfica para proponerles, que en virtud de que Francisco Villa había dimitido a su cargo, entre ellos nombraran a quien debía sustituirle. Los generales villistas, en un acto de dignidad suprema, le informan su decisión de continuar bajo el mando de Villa con lo que se da en los hechos el ruptura entre el ejército de Carranza y el de la División del Norte.

Sin embargo, ese rompimiento es artificial, pues Villa sigue dando muestras de ingenuidad al considerar que la solución de México emanaría de la buena voluntad de los Estados Unidos y le envía una carta al presidente Woodrow Wilson con los pormenores del incidente, esperando utópicamente que la injerencia extranjera lo favorezca.

Ese ha sido el problema de toda nuestra historia, el esperar que las soluciones provengan del exterior, no de nuestro esfuerzo, no de nuestra decisión, sino de la “buena fe” de las potencias.



Por su parte los Estados Unidos ya se habían prevenido acerca de estas posibles escisiones, enviando agentes con cada uno de los grupos en disputa, en la idea de que ganara quien fuera, ellos garantizarían que los verdaderos vencedores serían los mismos Estados Unidos.

Es decir, que casi nadie duda de que Carranza fue favorecido por E.U. en su lucha contra el huertismo, abriéndole la frontera para pertrecharse, así como invadiendo el país “no como un acto hostil hacia el pueblo mexicano, sino exclusivamente en contra del dictador Huerta”, lo que equivale a lo mismo, y se demuestra palmariamente al querer imponer un gobierno constitucionalista, según los tratados que para desocupar Veracruz le propusieron al mismo Huerta.

La toma de Zacatecas es un poema que en palabras de Felipe Ángeles constituyó “la batalla soñada”. Ahí se puso de manifiesto toda la inmensa capacidad militar del villismo, destroncando la columna vertebral del ejército federal. En donde se dice que el diseño del encuentro correspondió exactamente a los hechos de armas. No se dejó nada al azar, todo fue finamente calculado, hasta el sitio por donde se habían de fugar los restos del desbandado ejército, contando con la bravura de esa masa que se merecía un mejor destino económico y político.

Carranza desesperado, retiene el carbón para las máquinas villistas que se disponen a tomar la ciudad de México, las que encontrándose en Aguascalientes, tuvieron que regresar a Torreón y a Chihuahua para no descuidar su retaguardia; a la vez que Carranza ordena un rápido avance de Obregón por el occidente, quien antes tuvo que enfrentar la primera batalla seria de esta etapa en Orendain, Jalisco, para ser quien recibiría la rendición del gobierno ahora bajo el control de un tal Carbajal.

Tan Carranza tenía serias diferencias con el villismo y el zapatismo, que acuerda con el gobierno espurio, el relevo puntual de las guarniciones que éste sostenía en contra del zapatismo. O sea, no invita a Zapata a tomar la ciudad de México, sino que lo trata como un enemigo al que hay que mantener a raya, y para probarlo envía a Ignacio Villarreal y a Luis Cabrera para proponerle la rendición incondicional del ejército zapatista a su Plan de Guadalupe.

Todavía Carranza se da tiempo para enviar una delegación de la llamada División del Oriente para lograr el sometimiento de Villa, y en las conferencias de Torreón se firma un pacto en que se menciona por primera vez la necesidad de reunir a los grupos revolucionarios en una Convención bajo el supuesto de tratar de resolver las diferencias, Convención que Carranza y Villa ven con malos ojos, pues el primero no está dispuesto a poner a consideración de nadie sus facultades omnímodas, y el segundo la ve como un plan para retrasar el inminente enfrentamiento militar que le permita a Carranza ganar tiempo para reforzarse.

Ante el fracaso de la comisión, Carranza planea una estrategia de doble efecto: envía a Álvaro Obregón, de quien desconfiaba enormemente, a Chihuahua, para conferenciar hasta en dos ocasiones con Villa, en la idea de que él aseguraba que podría restarle elementos al villismo. En esos viajes, Obregón está a punto de perder la vida al ser descubiertas las intrigas del sonorenses, asunto que no parece importarle a Carranza, quien ordena cortar las comunicaciones entre Torreón y Chihuahua, dejando a Obregón prácticamente en manos de Francisco Villa.

Carranza convoca a su Convención en la ciudad de México, invitando a gobernadores (elegidos por él mismo) y a generales “de la hora” a quienes Carranza mismo otorga un

nombramiento corrompido. Ante estas sobradas evidencias, por fin la División del Norte se decide por el rompimiento formal lanzando un Manifiesto a la Nación fecha, en que se ponen al descubierto las maniobras carrancistas, Manifiesto en el que es notable la falta de un programa que reivindique al pueblo que pretendidamente venían a liberar.

Así mismo, en su propia Convención, y en presencia de sus incondicionales, es descubierta la maniobra carrancista de hacerse de un quórum artificial. Pero es tanta la sumisión, que a la protesta le sigue el reconocimiento al nuevo dictador.

Como a Obregón, Hay, Lucio Blanco, Pablo González, y tantos otros carrancistas, les atrae la idea de deshacerse de Villa y de Carranza por la vía parlamentaria, y si se puede, deshacerse también de Zapata, promueven que la Convención carrancista de la ciudad de México se traslade a Aguascalientes, y ante la pasividad villista se hacen de una mayoría inmerecida (pues los acuerdos de Torreón hablaban de un delegado por cada mil hombres de tropa, y es evidente para todos los estudiosos que la División del Norte tenía un ejército muy superior al de Carranza).

Es tanta la soberbia obregonista, que aceptan invitar a Zapata, sabedores de que más de 80 votos que se adjudicaron, son superiores a los 37 del villismo, más 26 que terminó por enviar, también inexplicablemente, Emiliano Zapata.

La Convención pone de manifiesto que Carranza es el único soberano, pues dispone de los bienes de acuerdo a su particular interés, que puede dictar leyes, emitir moneda, y que es el único que puede hacer y deshacer a su entero arbitrio, y que además comete la desfachatez de hacérselo saber a la Convención, mientras ésta se perdía en un mar de discusiones inútiles que si tenían un objetivo, era el de que los carrancistas sacaran el mayor provecho a su mayoría, así disponen que el gobernador Maytorena (que enfrentaba a los carrancistas Hill y

Calles en Sonora) perdiera las posiciones conquistadas en el campo de batalla; que el Plan de Ayala, puesto a discusión por los zapatistas Paulino Martínez y Antonio Díaz Soto y Gama, quedara mutilado; y que por fin, se acuerde remover a Carranza y a Villa de sus cargos.

Esta última propuesta proviene de Obregón, el mismo que ante el veto zapatista a su candidato original, Antonio I. Villarreal, primo hermano de Pablo González, construye la de Eulalio Gutiérrez. Y Obregón, que es quien propone que los delegados firmen sobre la bandera para comprometerlos a sus acuerdos, es el primero en defecionar para ponerse nuevamente a las órdenes de Carranza.

La explicación acerca de la actitud de Obregón, quien posee las mismas inclinaciones pronorteamericanas que Carranza, habría que buscarla en el hecho de que a la llegada a la ciudad de México, Carranza decide desbaratarle su División, repartiendo a sus efectivos entre quienes consideraba sus más fieles adeptos. De esta forma, Obregón casi en un acto suicida, decide contemporizar con Villa, a la vez que se va de abuso logrando atraerse a José Isabel Robles y los Aguirre Benavides del campo villista. La reunión en Aguascalientes le da la oportunidad de adueñarse de las discusiones tanto para promoverse ante los ojos de su jefe, como para conjeturar acerca de la posibilidad de desembarazarse de él.

La posición de Villa resulta hasta cierto punto incomprensible, pues a pesar de adivinar que la Convención solamente tenía como propósito hacer tiempo para que Carranza se preparara militarmente, él no hacía nada para apurar los acuerdos y se observa que sus delegados hasta pretendían una alianza con Obregón. Él se presentó a las sesiones solamente para firmar sobre la bandera, dirigiendo un discurso a más de ingenuo, tortuoso, en donde no se cansó de repetir que “no tiene ninguna aspiración”, asunto sobre el que los obregonistas y carrancistas podrían sonreír satisfechos. Puede ser, que como afirma un historiador

estadounidense, Villa haya aprovechado el tiempo para armarse y reclutar nuevos elementos para la guerra que se avecinaba.

Carranza por su parte, se dedicó no solamente a reclutar nuevos elementos, incluso del ejército huertista, sino a preparar su salida a Veracruz haciendo un recuento de quienes le seguían siendo fieles y enviando telegramas ordenando el desconocimiento de los acuerdos de la Convención, aún antes de conocer sobre su destitución.

Desde luego que el observador común y corriente, no puede dejar del lado que Carranza al presentar su renuncia a los dos cargos que ostentaba (Encargado del Poder Ejecutivo y Primer Jefe del Ejército Constitucionalista) en la Convención de la ciudad de México, lo hacía a sabiendas de que ante un quórum totalmente controlado por él, no le serían aceptadas. Pero ya en Aguascalientes, lejos de su influencia, los delegados podrían urdir una y mil intrigas para desecharlo, por lo que el desconocimiento de los acuerdos por parte de Carranza constituyen un hecho de deslealtad incontrovertible hasta para el más lego.

Los argumentos de Carranza resultan francamente desoladores, pues decir que la Convención no tenía facultades legales para destituirlo, era cuando menos, un despropósito, porque su misma entronización devenía de un enredo legal que ni él mismo podía desentrañar. Pues él se autoproclama Encargado del Poder Ejecutivo, cuando ese cargo no existía en ningún ordenamiento legal, y si se levantó en armas en contra de la “usurpación” de Victoriano Huerta, olvidaba que Huerta cuidó hasta el exceso, el procedimiento legal para llegar a la Presidencia. Carranza era gobernador electo de Coahuila, pero eso no le daba ningún derecho legal ni moral para adueñarse de la Presidencia.

Si existía un derecho moral, era precisamente el que provenía de quienes combatieron con las armas a Huerta, y fueron ellos quienes ordenaron su destitución, por lo que se trata sin

más, de un golpe de Estado el dado por Carranza, con el objeto de eternizarse en el cargo. Olvidémonos pues, que en él había algún principio social, económico o político, pues el escueto Plan de Guadalupe nada habla de ninguna reivindicación de ese tipo, y en su larga cadena de cargos ocupados durante el porfiriato, a Carranza no se le conoce nunca que haya propuesto ni llevado a cabo medida alguna de carácter social o económica a favor de los desposeídos.

El nombramiento de Villa como encargado de las Operaciones para someter a los infidentes, es el pretexto infantil de Obregón para decidirse a traicionar la palabra empeñada, pues cualquier consulta que se haga podrá llevarnos fácilmente a la conclusión de que su infidencia fue anterior al mencionado nombramiento de Villa.

Por su parte los Estados Unidos llevaron a cabo una muy bien planeada estrategia para entregarle el Puerto de Veracruz a Carranza, no sin antes obtener pruebas de sumisión, planteando exigencias absurdas que violaban no sólo la soberanía nacional, sino el más mínimo rasgo de decoro humano. Carranza se sometió a dichos requerimientos y se posesionó del puerto (que no fue totalmente abandonado por los norteamericanos, según evidencias que anotaremos posteriormente) el cual representó el sitio ideal para sus planes: logró la protección de la armada norteamericana en previsión de cualquier ataque que sufriera por parte de la Convención; era una salida rápida hacia el extranjero en caso de verse precisado a emplearla; desde ahí pudo recibir sin molestia, todo el arsenal militar proveniente de los Estados Unidos; sin combatir, se apropió de todo los pertrechos militares que la armada norteamericana le había incautado a Huerta.

Desde Veracruz pudo dirigir las operaciones militares hacia todos los estados del sur de la República, que no habían combatido, que se encontraban en paz, nombrándoles

gobernadores y jefes políticos sin tomar en cuenta la opinión de los pobladores de Oaxaca, Tabasco, Campeche, Quintana Roo, Chiapas y Yucatán. Imponiéndoles fuertes contribuciones de las cuales se valió para fortalecer sus finanzas. La labor de Carranza en el sur, tuvo visos de una guerra de conquista sobre comunidades pacíficas que nada sabían de la llamada revolución, y que fueron sometidas al mandato de alguien que debía su cargo a la fuerza de las armas y que, desde luego, ningún beneficio social les trajo. Su situación, como ahora, no varió ni un centímetro comparada con la que vivieron durante la dictadura porfirista.

La situación militar después de las sesiones en Aguascalientes, tenía las siguientes características: Casi todo el centro del país controlado por la División del Norte. Carranza arrinconado en Veracruz, Calles y Benjamín Hill arrinconados en Sonora junto a la línea fronteriza con Estados Unidos, Diéguez en la costa de Jalisco, Villarreal, posesionado de Monterrey, aunque por muy poco tiempo, y el Puerto de Tampico, que fue entregado a las fuerzas carrancistas desde el incidente del “Dolphin”, que provocó la invasión norteamericana en abril de 1914.

De tal suerte que viendo este panorama, resultaría imposible pensar en una victoria del carrancismo, mucho menos una victoria rápida, si no es que se contabiliza adecuadamente la intervención norteamericana a favor de éste.

A partir de este momento se pueden observar cinco escenarios: la batalla encarnizada por el control del centro del país entre convencionistas y carrancistas: los debates de la Soberana Convención Revolucionaria en la ciudad de México; la febril actividad de Carranza en el Puerto de Veracruz, recibiendo pertrechos, levantando soldados para la guerra a fuerza de la leva, y ordenando el control militar sobre los estados conquistados; la inmovilidad del ejército zapatista aún para obstruir el embarque de armas de Veracruz al Bajío, y desde luego

para organizar el poder popular en el sur del país; la actividad desarrollada en Washington por los agentes carrancistas tanto para asegurar el aprovisionamiento de las fuerzas carrancistas, como para obtener el reconocimiento formal del gobierno de Carranza por el de los Estados Unidos.

La defección del grupo de Eulalio Gutiérrez representó una fuerte sangría en elementos y en dinero de las arcas públicas, pero abandonado por Obregón y Carranza, tuvo el fin esperado para un grupo de arribistas, que abusando de la confianza villista, pretendían ser gobierno sin el respaldo de quienes los eligieron.

El plan original de campaña de Villa incluía en primerísimo lugar el asalto al Puerto de Veracruz: “Es como un perchero, si nos apropiamos de él, los sombreros quedarán al garete”, decía Felipe Ángeles. Pero Villa argumentó un principio de lealtad no aplicable para el momento, aduciendo que lanzarse sobre Veracruz representaba no otorgarle la confianza a Zapata, quien se había comprometido a llevarlo a cabo mientras la División del Norte apaciguaba las turbulencias carrancistas en los puntos señalados.

La División del Norte iba de triunfo en triunfo, Así en Ramos Arizpe, Ángeles se deshizo de Villarreal. Villa derrotó a Diéguez y estuvo a punto de exterminarlo, pero la amenaza de Obregón, que había abandonado la ciudad de México a fines de enero de 1915, se cernía ahora sobre el Bajío.

Villa se decide por enfrentar a Obregón en abril de 1915, aunque Ángeles aconsejaba concentrarse en el norte, tal y como lo habían hecho durante la guerra contra Huerta, para de ahí empezar “a barrer” a los carrancistas. El argumento de Villa fue que si en ese momento se retiraba, aparte de que sus fuerzas iban a perder moral, le permitiría a Obregón seguir



reclutando gente y continuar armándose, lo que comprometería enormemente el futuro de la contienda.

De un análisis minucioso se desprende que Celaya no fue el que marcó el derrotero de Villa, pues a lo más que se puede llegar es a la afirmación de que lo que existió fue un rechazo por parte de Obregón, pues no de otra manera se puede entender que a las batallas de Celaya, continuaran la de León, de Aguascalientes, y mucho más adelante la campaña de Sonora, en la cual Villa se presentó con un ejército de más de 30 mil hombres y a Obregón le costó reunir a unos 15 mil.

Fue en Sonora, en donde junto con José María Maytorena, Villa descubre lo que era evidente desde el inicio de la contienda: los norteamericanos estaban atrás de los triunfos carrancistas. Primero, apoyándolos en todo en su lucha en contra del huertismo; después, dejándole libre el Puerto de Veracruz junto con todo el arsenal incautado a Huerta; posteriormente, surtiéndolo de armas por Veracruz, Tampico, Salina Cruz y Manzanillo (que fue parte de una maniobra carrancista, al heredar del huertismo los puertos del país, situación que fue desdeñada por los convencionistas) a la vez que prohibiéndole a Villa surtirse con los contrabandistas de armas norteamericanos; por último, la utilización de los transportes marítimos y ferrocarrileros norteamericanos para el traslado de tropas carrancistas, incluso por territorio norteamericano, en donde Obregón reconoce que las operaciones contra el ejército villista las dirigió desde Douglas Arizona, E.U.

Pero Villa descubre algo peor en Agua Prieta, que quien lo sale a combatir, no es el ejército del carrancista Plutarco Elías Calles, sino el mismo ejército norteamericano, situación que ya había sido padecida por Maytorena meses antes en que varias divisiones del ejército estadounidense habían cruzado la frontera para combatirlo.

En noviembre de 1915, Villa vuelve a cruzar el cañón del Pulpito, en la sierra que divide a Sonora de Chihuahua, bajo el supuesto de que el ejército del país del norte podría tomarles Ciudad Juárez, tal y como ocurrió, saliéndolo a combatir en territorio mexicano tropas norteamericanas y no carrancistas.

Villa decide disolver a su ejército, acordando volver a reunirse en seis meses para calcular a cuanta gente se podría cooptar para la siguiente empresa. En carta dirigida a Zapata, Villa establece que el enemigo a vencer ya nos es Carranza sino los propios Estados Unidos de Norteamérica, país, que según establece, había que invadir, y tal vez por esa razón no debía verse como una venganza en contra de contrabandistas de armas el ataque a Columbus, sino como parte de un proyecto, igual de descabellado tal vez, que comprendía tal invasión.

La Expedición Punitiva fue ordenada por Washington para atrapar a Villa, y aceptada dócilmente por Carranza, quien sin asomo de virtud, no sólo consintió en que se violara la soberanía nacional, sino que por evidencias se prueba que los carrancistas sirvieron de guías a los norteamericanos.

Lo que resulta relevante aún para los detractores de Villa, es que éste no se amnistió, ni se fue a refugiar a un país extranjero durante los cuatro años que le siguieron, en que andando a salto de mata todavía tuvo fuerzas para tomar Ciudad Juárez y la propia capital del Estado, aunque todo parecía perdido, pues lugar a donde acudía Villa era delatado ante los carrancistas, los cuales se dieron vuelo asesinando a simpatizantes de Villa, o sospechosos de serlo, tanto en Chihuahua como en Durango.

Mientras la Soberana Convención Revolucionaria, que cambió de sede de la ciudad de México a Cuernavaca, para regresar nuevamente a la capital y de ahí partir a Toluca (mudanzas motivadas por el acoso de las tropas carrancistas) dirigía sus trabajos entre la

inutilidad a la ineficacia, con una franca mayoría zapatista al regreso del Estado de Morelos, pero que por fin lograron el 27 de septiembre de 1915, luego de casi un año de sesiones, terminar la elaboración de un Programa de Reformas Político Sociales, en donde entre los puntos más sobresalientes se encuentran el del establecimiento de un régimen parlamentario, la desaparición del Senado, por considerarlo un órgano aristocrático, así como las reivindicaciones mínimas de las clases bajas para sobrevivir en un país condenado al atraso y la miseria.

Carranza, con el país pacificado a fuerza del intervencionismo estadounidense, convoca a la elaboración de una nueva Constitución, con lo que entre otras cosas deja al descubierto que él no pretendía defender la entonces vigente, que era la de 1857, y por lo tanto, que el nombre adoptado de “Ejército Constitucionalista” era una simulación, pero además, y tal vez lo más importante, es que deja en claro que de lo que se trataba era imponer un férreo régimen presidencialista, que es la negación de la República, de la democracia y de la separación de poderes.

Cabe mencionar que la fecha de la promulgación de la Constitución carrancista, 5 de febrero de 1917, coincide con el retiro de la Expedición Punitiva del país y con el reconocimiento formal del gobierno norteamericano para el gobierno de Venustiano Carranza.

En 1920, todavía Carranza cree dominar a sus adictos tratando de imponerles al embajador de México en Estados Unidos para ocupar el cargo de Presidente de nuestra sufrida nación, y aquellos, cuyo desprecio hacia el nuevo dictador se había manifestado ya de diferentes formas, se levantan en armas haciendo huir al inescrupuloso gobernante con parte del tesoro nacional, quien muere acribillado como un delincuente, en la soledad más espantosa de una cabaña en Tlaxcalantongo, Puebla.

En el período de la sucesión, De la Huerta logra amnistiar a Villa, recluyéndolo a una finca ubicada en el estado de Durango en el año de 1920, para que tres años después se decidiera a volver a participar en la cosa pública, para apoyar la rebelión delahuertista tanto en contra de la imposición de Calles por parte de Obregón, como por la inminente firma de los Tratados de Bucareli que mayores males nos trajeron, resultando muerto el 23 de julio de 1923 en una infantil emboscada que le tendieron sus enemigos de siempre.

El arte bélico de Obregón consistía, más que todo, en atraer con maña al enemigo, en hacerlo atacar, en hacerlo perder valentía y vigor, para dominarlo o acabarlo después echándose encima cuando la superioridad material y moral excluyera el peligro de la derrota. Acaso Obregón no acometiera nunca ninguna de las brillantes hazañas que ya entonces hacían famoso a Villa: le faltaban la audacia y el genio; carecía de la inspiración irresistible del minuto, que anima por anticipado posibilidades que apenas pueden creerse y las realiza de súbito. Acaso tampoco aprendiera jamás a maniobrar, en el sentido en que esto se entiende en el verdadero arte de la guerra, como lo entendía Felipe Ángeles (citando a Martín Luis Guzmán)” (Cervantes pp 422-423)